

La misma fecha.

He pasado el dia entero recorriendo las cercanías de Berut, y buscando un sitio de reposo para establecer en él una casa.

He alquilado cinco casas que forman un grupo, y que reuniré por medio de escaleras de madera, galerías y pasadizos. Aquí cada casa no se compone mas que de una cueva que sirve de cocina, y de una pieza en donde duerme toda la familia, por numerosa que sea: en un clima como este, la verdadera casa es el tejado construido en forma de azotea: allí es donde las mugeres y los niños pasan el dia, y muchas veces la noche. Delante de las casas, entre los troncos de algunas moreras ó de algunos olivos, el árabe construye un fogon con tres piedras, y allí es donde su muger le hace la comida: se tiende una estera sobre un palo que va desde la tapia de la casa hasta las ramas del árbol, y debajo de aquel sotechado se evacuan todos los quehaceres. ~~Las mugeres y los niños~~ su hermosura, enteramente oriental.

Quando llegó la noche, nos sirvieron una cena à la europea, en un kiosko cuyas anchas ventanas

otras, como en nuestros lugares del mediodía; los domingos por la mañana, se reunen las muchachas en las puertas de las cabañas.

La misma fecha, por la tarde.

Todo el dia se ha empleado en descargar el bergantín y en llevar de la ciudad à nuestra casa de campo los bagages de nuestra caravana. Cada uno de nosotros tendrá su cuarto: un ancho campo de moreras y de naranjos se estiende al rededor de las cinco casas reunidas, y ofrece à cada uno algunos piès de terreno para pasear delante de la puerta, y un poco de sombra para respirar. He comprado esteras de Egipto y alfombras de Damasco, para que nos sirvan de camas y de divanes. He hallado carpinteros árabes muy activos y diligentes que ya han puesto manos à la obra para hacernos puertas y ventanas, y esta noche irémos ya à dormir en nuestra nueva habitacion.

8 de Septiembre 1832.

Despues de haber hablado cien veces de la patria y citado todos los nombres de sitios y de personas que un recuerdo comun podia hacer interesantes para nosotros; luego que nos hubimos dado

ancha de nuestras azoteas, y hemos reconocido con la vista todas las cercanías.

La casa está à diez minutos de la ciudad, y se llega á ella por senderos sombreados de inmensos áloes que dejan pender sus espinosos higos sobre la cabeza de los transeuntes: se siguen algunos arcos antiguos, y una inmensa torre cuadrada, construida por el emir de los drusos, Fakardin, torre que sirve hoy de atalaya á algunos centinelas del ejército de Ibrahim-Bajà, que desde allí observan toda la campiña; luego se pasa entre los troncos de las moreras y se llega á un grupo de casas bajas, escondidas entre los árboles y flanqueadas por un bosque de limoneros y de naranjas. Esas casas son irregulares, y la de enmedio se alza como una torre cuadrada sobre las demas. Los tejados de todas esas casillas comunican por medio de algunas gradas de madera, y forman así un conjunto bastante cómodo para huéspedes, que acaban de pasar tantos dias en el entrepuente de un buque mercante.

A unos cien pasos de nosotros, el mar avanza en el continente, y visto desde aquí, por cima de las verdes copas de los limoneros y de los áloes, parece un ~~hormero~~ ~~de la especie de~~ ~~palacio del~~

A todas preferiria,  
Para eschalar en su cáliz

(1) Nombre del ruiseñor en Oriente.

convierte en un inmenso golfo, cerrado á un lado, por el castillo moruno de Berut, y á otro, por las inmensas y sombrías paredes de la cordillera de montes que corre hácia Trípoli; pero enfrente de nosotros, el horizonte se estiende mas; empieza por correr sobre una llanura de tierras admirablemente cultivadas, salpicadas de árboles que cubren enteramente el suelo y de casas semejantes á la nuestra, que elevan sus tejados como otras tantas velas blancas sobre un oceano de verdura; luego se estrecha entre una larga y graciosa colina, en cuya cima un convento griego ostenta sus paredes blancas y sus cúpulas azules; algunas copas de pinos quitasoles estienden sus ramas, un poco mas arriba, hasta sobre las mismas cúpulas del convento. La colina descende por escalones sostenidos con tapias de piedra, y en que se ven bosques de olivos y de moreras: el mar va á bañar los últimos escalones: luego se separa, y una segunda llanura mas distante se comba y se abre para dejar pasar un rio que serpentea mucho tiempo entre bosques de verdes encinas, y va á lanzarse en el golfo que sus aguas amarillean hácia las márgenes. Esta llanura no remata sino en las doradas faldas de las montañas. ~~Estas montañas no se elevan de un~~ ~~entreabiertos~~ ~~aproximada~~

Ese tubo de jazmin

(1) Todos los patios de las casas en Oriente tienen un surtidor de agua enmedio y un pilon de mármol.

aldea, que refleja el resplandor del sol y atrae las miradas. Las laderas de los collados relucen como oro; son unas paredes de arcilla amarillenta, rajadas por los terremotos, y cada partícula de las cuales refleja y vibra la luz. Encima de esos primeros collados, las gradas del Líbano se ensanchan á tal punto, que hay mesetas de una ó dos leguas, —desiguales, partidas, surcadas de barrancas; de profundos cauces de torrentes, de negras gargantas en que se pierde la vista. Despues de esas mesetas, empiezan á alzarse casi perpendicularmente las altas montañas; sin embargo, se ven las manchas negras de los cedros y de los pinos que las cubren, y algunos conventos inaccesibles, algunos lugares desconocidos que parecen inclinados sobre sus derrumbaderos. En la cumbre mas aguda de esa segunda cordillera, multitud de árboles, que parecen gigantescos, forman como una cabellera rala sobre una frente calva. Desde aquí se distinguen sus desiguales y dentadas copas, que parecen almenas sobre lo alto de una ciudadela.

Detras de esas segundas cordilleras se alza en fin, el verdadero Líbano: no se puede distinguir si sus vertientes son rápidas ó suaves, si están pedradas ó cubiertas de vegetación: la distancia es de

Y del astro de la noche  
Bajo la vislumbre viva,  
Del puñal que al lado ciñes,  
Los puros diamantes brillan,

las rodea, y sus crestas inflamadas que se confunden con las nubes purpurinas de la mañana y que flotan como islas inaccesibles en las olas del firmamento.

Si nuestras miradas bajan de ese sublime horizonte de las montañas, no hallan por do quiera donde posarse, como no sea sobre magestuosas gavillas de palmeras, plantadas aquí y allá en la campiña junto á las casas de los árabes, sobre las verdes ondulaciones de las copas de los pinos *Laryx*, sembrados como ramilletes de verdura por el llano, ó en las vertientes de las colinas, sobre los setos de nópalos ó de otros frutales, cuyas pesadas hojas caen como decoraciones de piedra sobre las tapias bajas que sostienen los terrados. Esas mismas tapias están á tal punto entapizadas de líquenes en flor, de yedras, de parrizas, de plantas bulbosas, esmaltadas de flores de todos matices, de racimos de todas formas, que no se pueden distinguir las piedras con que están labradas;—son unas verdaderas paredes de verdura y de flores.

En fin, junto á nosotros, dos ó tres casas semejantes á las nuestras, y medio cubiertas por las copas de naranjos en flor y llenos de fruto, nos ofrecen esas escenas animadas y pintorescas que

La hechicera forma fija,  
Que un invisible pincel  
Encierra en oscuras líneas,  
Cuando la luz de la luna

miramos. Debajo de nuestra misma azotea, dos familias árabes, padres, hermanos, mugeres y niños, comen á la sombra de un pequeño plátano en el dintel de sus casas, y á pocos pasos mas allá, debajo de otro árbol, dos jóvenes sirias, de incomparable hermosura, se están vistiendo á la vista de todos y cubren su cabello de flores blancas y coloradas: una de ellas tiene el pelo tan largo y tan espeso que la cubre enteramente, como las ramas de un sauce lloron cubren todo el tronco; solo se ven, cuando sacude aquella ondeante melena, su hermosa frente y sus ojos radiantes de inocente contento, que penetran un instante aquel velo natural. Parece que goza de ver nuestra admiracion; le echo un puñado de *gharis*, moneditas de oro con que las mugeres sirias se hacen collares y brazaletes ensartándolas con un cabo de seda:—junta las manos y las pone sobre su cabeza para darme gracias, y entra en la estancia baja para enseñárselas á su madre y á su hermana.

12 de Setiembre, 1832.

Habil. De su hermosura, enteramente oriental.

Quando llegó la noche, nos sirvieron una cena á la europea, en un kiosko cuyas anchas ventanas

habla el frances y el italiano, y es ademas uno de los hombres mas amables é inteligentes que he encontrado en mis viages: sin su asistencia y la de M. Jorelle, hubiéramos tenido mil dificultades para completar nuestro establecimiento en Siria: uno y otro nos proporcionan criados, unos griegos, y otros árabes:—compro primeramente seis caballos árabes de segunda raza, y los instalo, como hacen las gentes del pais, al sol, en un prado, delante de la puerta, sujetas las piernas en una argolla de hierro y atados á una estaca clavada en el suelo. Hago levantar una tienda junto á los caballos para los *sais* ó palafreneros árabes. Estos hombres parecen buenos é inteligentes; por lo que hace á los caballos, á los dos dias nos conocen y nos siguen como perros. Habib-Bárbara nos presenta á su muger y á su hija, á quien va á casar dentro de pocos dias: nos convida á la boda, y curiosos de observar una boda siria, aceptamos, y Julia prepara sus regalos para la novia. Yo le regalo un relojito de oro de que he traído provision para casos de esta especie, y ella añade á mi agasajo una cadenita de perlas. Montamos á caballo para reconocer las cercanías de Berut: madama Jorelle lleva un soberbio potro árabe, con arreos de terciopelo.

Despues de haber hablado cien veces de la patria y citado todos los nombres de sitios y de personas que un recuerdo comun podia hacer interesantes para nosotros; luego que nos hubimos dado

mi muger; mando hacer sillas y frenos árabes para catorce caballos.

A cosa de media legua de la ciudad, por la parte del Levante, el emir Fakardin ha plantado un bosque de pinos quitasoles en un prado arenoso, que se estiende entre el mar y la llanura de Bagdhad, lindo pueblecillo árabe situado al pié del Líbano; se dice que el emir plantó ese magnífico bosque para oponer una barrera á la invasion de las inmensas colinas de arena roja que se alzan un poco mas léjos y amenazaban sepultar á Berut, y todos sus ricos plantíos. El bosque es verdaderamente soberbio; los troncos de los árboles tienen sesenta y ochenta piés de altura, y estienden de uno á otro sus anchas copas inmóviles que cubren de sombra un espacio inmenso; mil senderos de arena se deslizan entre los troncos de los pinos y ofrecen un piso suavísimo á las pisadas de los caballos. Lo restante del terreno está cubierto de una ligera alfombra de césped sembrada de florecillas de un color rojo brillantísimo; las cebollas de flor de jacintos silvestres son tan gordas, que no se aplastan bajo las herraduras de los caballos. Por entre las columnatas de esos troncos de pinos, se ven á un lado los blancos y rojizos mogotes de arena que

A todas preferiria,  
Para eshalar en su cáliz

(1) Nombre del ruiseñor en Oriente.

ó quince aldeas árabes sembradas en las últimas faldas del Líbano, y en fin, los grupos del Líbano, que forman el último término de esta escena. La luz es tan trasparente y el aire tan puro que se distinguen, á muchas leguas de elevacion, las formas de los cedros ó de los algarrobos sobre las montañas ó las grandes águilas que nadan, sin mover las alas, en el oceano del éter. Este bosque de pinos es sin duda el punto mas magnífico que he visto en mi vida. El cielo, las montañas, las nieves: el horizonte azul del mar, el rojo y fúnebre horizonte del desierto de arena; las serpeantes líneas del rio; las copas aisladas de los cipreses; los racimos de las palmeras esparcidas por las campiñas; el gracioso aspecto de las cabañas cubiertas de naranjos y de vides, cuyas ramas y cuyos vástagos caen sobre los tejados; el aspecto severo de los altos monasterios maronitas formando grandes manchas de sombra ó anchos rios de luz en las cinceladas laderas del Líbano; las caravanas de camellos cargados de géneros de Damasco, que pasan silenciosamente entre los árboles; los grupos de pobres judíos montados en burros, que llevan dos chicos en cada brazo; las mugeres embozadas en velos blancos á caballo, andando al son del pífan

entreabiertos á presuma

Ese tubo de jazmin

(1) Todos los patios de las casas en Oriente tienen un surtidor de agua en medio y un pilon de mármol.

algunos ginetes árabes corriendo el *dgerid* (1) al rededor de nosotros en ligeros caballos cuyas crines barren literalmente la arena; varios grupos de turcos sentados delante de un café de enramada y fumando sus pipas ó haciendo oracion; un poco mas léjos las desiertas colinas de arena sin fin que se tiñen de oro á los rayos del sol de la tarde, y donde el viento levanta nubes de polvo inflamado; en fin, el sordo bramido del mar, que se mezcla al armónico son del viento en las copas de los pinos y al canto de millares de pájaros desconocidos:—todo esto ofrece á la vista y al pensamiento la mezcla mas sublime, mas dulce y mas melancólica, juntamente, que jamas ha embriagado mi alma. Iré con frecuencia á ese bosque.

16 de Septiembre, 1832.

Hemos pasado todos estos dias en el placer del conocimiento general que teniamos que adquirir de los hombres, de las costumbres, de los sitios, y en los entretenidos pormenores de un establecimiento en el seno de un pais enteramente nuevo. Nuestras cinco casas se han convertido, con la asisten-

Y del astro de la noche  
Bajo la vislumbre viva,  
Del puñal que al lado ciñes,  
Los puros diamantes brillan,

deliciosamente hemos habitado en las montañas de Luca ó en las costas de Liorna, en otros tiempos. Cada uno de nosotros tiene su cuarto y una sala, precedida de un terrado lleno de flores, es el centro de reunion. En él hemos hecho poner divanes, y colocar en estantes nuestra biblioteca del buque; mi muger y Julia han pintado al fresco las paredes, han colocado sobre una mesa de cedro sus libros, sus bastidores, sus almohadillas, y todas esas chucherías de señora que adornan, en Londres y en Paris, los veladores de mármol y de caoba; allí nos reunimos en las horas ardientes del dia, porque por la tarde nuestro salon es la azotea, y en ella recibimos las visitas de todos los europeos á quienes el comercio con Damasco, cuya escala es Berut, fija en este hermoso pais. El gobernador egipcio Ibrahim-Bajá, ha venido á ofrecernos con una cortesía y una cordialidad mas que europeas, su proteccion y sus servicios para nuestra residencia en [el campo, y para los viages que queramos emprender. Hoy le he tenido á comer; es persona que no haria un papel desairado en ninguna reunion de hombres. Antiguo soldado del bajá de Egipto, tiene á su amo, y sobre todo, á Ibrahim, una ciega confianza

La hechicera forma fija,  
Que un invisible pincel  
Encierra en oscuras líneas,  
Cuando la luz de la luna